



Sobre feminismos y estrategias... : una entrevista a Celia Amorós

Autor:

Femenías, María Luisa

Revista

Mora

1996, N°2, pp. 157-161



Artículo



Sobre feminismos y estrategias...

Una entrevista a Celia Amorós

María Luisa Femenías *

*Casi es innecesario presentar a Celia Amorós Puente. Catedrática de Historia de la Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, autora, entre otros libros, de **Hacia una crítica de la razón patriarcal** y de numerosos e influyentes artículos, visitó el país durante la primera quincena del mes de abril de 1995. En nuestra Facultad, con el auspicio de la Secretaría de Investigación y Posgrado y del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer, dictó un seminario sobre **Feminismo, Ilustración y Posmodernidad**, temas en los que se encuentra trabajando con miras a una próxima publicación. También dictó conferencias en la Universidad Nacional de La Plata y en la de Rosario sobre **El debate Modernidad / posmodernidad y su relación con el feminismo**. A continuación transcribo en parte, y a la manera de una entrevista, una larga conversación que mantuvimos sobre algunas cuestiones nodales de la teoría y de las estrategias feministas.*

— En nuestro medio se tiende a utilizar la denominación “teoría de género” o, incluso, “estudios de la mujer”, tal como figura en el Área que nos agrupa; Ud., en cambio, prefiere hablar de “feminismo filosófico”. ¿Cuáles son sus razones para elegir esta última denominación?

— Pues mira, prefiero “feminismo filosófico” porque de esa manera se destaca el aspecto vindicativo y de denuncia que el feminismo tiene ya desde sus orígenes y, además, que el punto de mira es el de la filosofía. No se trata, entonces, de meras listas de vindicaciones

sino de *hacerteoría*. Ese es el sentido del Instituto de Investigaciones Feministas de la [Universidad] Complutense [de Madrid] y de asignaturas como “Feminismo e Ilustración”, que coordiné primero yo, desde 1988, y luego, cuando estuve de sabático en Harvard [1993-1995], Angeles J. Perona. Ese es el sentido también de un libro como **Historia de la Teoría Feminista**, que recoge las ponencias de un curso académico, y que arranca con un estudio de Rosa Cobo sobre Poullain de la Barre y concluye con unas notas mías sobre el debate Ilustración / posmodernidad. La lucha (teórica y práctica) de las mujeres tiene continuidad y esa continuidad debe destacarse para que no creamos que siempre comenzamos de cero. El objetivo de un volumen como ese es centrarse en analizar las fuentes ideológicas del pensamiento feminista, considerando el marco social y económico en el cual tales ideas se desarrollan, tanto en Europa como en Estados Unidos, incluyendo referencias a los países del tercer mundo. “Estudios de la mujer” es una mala traducción del inglés y, a mi modo de ver, no va de suyo que denuncie la opresión histórica de las mujeres. “Teoría de género” puede llamar a confusión por eso de “género”, que filosóficamente tiene una larga tradición. Yo prefiero “teoría feminista” sin más.

— En algunos ámbitos, la oposición feminismo de la diferencia / feminismo de la igualdad parece irreconciliable. ¿Cómo ve Ud. esa polémica?

— Cierto, la oposición feminismo de la diferencia / feminismo de la igualdad es, de alguna manera, irreconciliable. El feminismo de la igualdad reivindica

* Docente e investigadora en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad de Buenos Aires. Miembro del equipo de investigación “Subjetividad, Experiencia y Utopía” dirigido por M.I. Santa Cruz.

un pasado ilustrado, moderno, emancipatorio. El feminismo de la diferencia supone alguna forma de esencialismo. El feminismo de la diferencia quiere, como diría Butler, resignificar una identidad femenina para que no sea la heterodesignada desde el patriarcado, para que la mujer parta de su propia experiencia en

femenino. Pues bien, desde dónde puede partir el oprimido, desde dónde puede encontrar ese punto arquimédico para partir sin mediaciones sino de su propia experiencia que es una experiencia mediada por la designación del dominador. Entonces, pretender que este punto arquimédico se encuentra en la experiencia del cuerpo sexuado bajo cualquiera de sus variantes es poco claro. Pues, se pretendería de algún modo que la experiencia del cuerpo sexuado no tiene mediaciones discursivas, lingüísticas, es decir, mediaciones de todo orden. Y se pretendería hacer una hermenéutica del cuerpo sexuado como si fuera un denominador común, que funciona de un modo unívoco para todas las mujeres y pudiera dar una base de sustentación a una identidad femenina que se constituyera como sujeto político para el feminismo. Bueno, esto sería así más bien en la versión de las italianas. La experiencia del cuerpo sexuado, la experiencia de “ser nacida mujer” y de vinculación con la madre, serviría como piedra angular para resimbolizar un orden simbólico femenino paralelo al orden simbólico masculino. Con lo cual el orden simbólico masculino está absolutamente encantado porque no encontraría ninguna interferencia; de alguna manera se le dice “nosotras vamos a movernos en nuestra propia esfera de resimbolicaciones, no vamos a vindicar nuestra parte en el poder patriarcal porque depende de una simbólica que no es la nuestra, sino que lo que queremos es construir nuestra propia simbólica y construir una genealogía femenina. Pues claro, una genealogía femenina no se constituye de una manera puramente voluntarista; y cuando se apela a la imaginación, pues resulta que la imaginación no llega a dar para tanto, y lo que surge es la evocación de las figuras de la retahila ancestral desde las vestales hasta nuestros días. Es decir, formas de lo femenino que, en definitiva, son producto de la propia cultura patriarcal por más que se quiera resignificarlas y reinventarlas imaginativamente. La fuerza de la gravedad de la simbólica ancestral de los géneros es tal y está en un campo gravitatorio tal de relaciones de poder, que la capacidad de maniobra que da el voluntarismo, incluso el voluntarismo estetizante más imaginativo, es muy limitada. Por tanto genera un tipo de discursos absolutamente ambiguos que vuelven a restaurar bajo nuevas claves la feminidad normativa, en última instancia.

— *¿No hay posibilidad, entonces, de reforma desde los márgenes? Porque, a veces, se sugiere que ya que no se está en el centro del poder, se puede comenzar resignificando desde los márgenes y por los intersticios para tratar de fragmentar el modelo de poder patriarcal*

— Sí, claro, pero las mujeres desde los márgenes y en los márgenes hemos estado toda la vida y no hemos conseguido jamás nada. Qué novedad estratégica tiene realmente esta sugerencia? Primero, se hace una conceptualización del orden masculino, que parte de Lacan, demasiado monolítica, entendido como orden falologocéntrico, y entonces las mujeres nos ponemos en la posición de la **otredad** con respecto de ese sistema, como si esa **otredad** tuviera realmente virtualidades subversivas cuando, en realidad, con esa conceptualización de lo femenino como **lo otro**, digamos, el poder patriarcal siempre se ha sentido muy cómodo ante esta presunta subversión. Claro, tenemos que partir de los márgenes (ahí estamos), pero el problema es cómo ir desde los márgenes al centro. Porque la creación de una esfera paralela que tenga su propia simbólica alternativa que sea como otro universo, como quiere Luce Irigaray en sus concepciones de la diferencia sexual, o, por el contrario, aceptando que, en definitiva, prima la unidad de la especie humana sobre una diferencia sexual ontologizada hasta ese punto que constituye ya una doble simbólica y un doble referente que, en último término, es esencialista porque las mujeres tampoco nos identificamos todas en esta simbólica ni de la misma manera. Hay toda una serie de dificultades para agrupar a todo el colectivo de las mujeres bajo esta simbólica alternativa.

— *Ud. ya mencionó algo sobre la vinculación del feminismo de la diferencia con el posmodernismo. ¿Podría extenderse un poco más sobre este asunto?*

— Sí. Este feminismo está vinculado con el posmodernismo en la medida en que el posmodernismo reivindica, frente a la idea de igualdad de estirpe ilustrada y de tradición emancipatoria vinculada a la modernidad, la idea las diferencias, los fragmentos, entonces los feminismos de la diferencia se han adherido a las filosofías de la diferencia en sus, valga la redundancia, diferentes versiones. La diferencia entendida en el sentido derrideano de la

deconstrucción, aunque significativamente Derrida dice que las feministas son fálicas porque de alguna manera están en el orden logofalocéntrico del varón y reclaman para sí mismas el efecto de castración. Es decir que Derrida viene a decir, en última instancia, lo mismo que decía Otto Weininger en **Sexo y Carácter**, escrito en contra de las sufragistas. En esta versión, las feministas, en realidad, no son más que varones y se homologan al orden fálico. Entonces, sólo la deconstrucción de los binarismos desde una posición de mujer simbólica -que, la verdad, yo no he conseguido saber con demasiada precisión qué significa- conseguirían subvertir ese orden falologocéntrico. Luego serían quizá el deconstruccionismo y el post-estructuralismo las dos filosofías de la diferencia más significativas. El uno, de carácter foucaultiano, apelaría a la reapropiación estratégica de estas identidades atribuidas para utilizarlas para la seducción o para combinarlas de modo diferente con los constructos sexuales, generando lo que llama Judith Butler “géneros incongruentes” o proliferación paródica de géneros, lo cual como lo ha puesto de manifiesto Alicia Puleo no viene a ser tanto una irracionalización del sistema género-sexo, que se haga desde la idea de un sujeto, como una manera de instrumentar simbólicamente las reivindicaciones de los movimientos *gay* y de los movimientos de las lesbianas, por supuesto sumamente legítimos, pero cuyo énfasis no está precisamente en sistema género-sexo en tanto que tal.

— *Respecto de los “sujetos excéntricos” de Teresa de Lauretis, ¿operarían más o menos de la misma manera?*

— Sí, tengo la impresión de que va en la misma línea, que es del mismo cuño posmoderno. Por lo que yo conozco de la teorización de Teresa de Lauretis, las virtualidades emancipatorias de los sujetos excéntricos son, en verdad, pocas. El acento en las diferencias, en lo particular, atomiza; genera identidades de grupos y el problema es como generar o desarrollar virtualidades emancipatorias para todas las mujeres. Vamos, todas estas filósofas están en la órbita del posmodernismo entendido como diseminación, como pulverización del sujeto constituyente, y cuanto más las leo más me parece que su potencial es limitado, de superficie, quizá, un primer paso. Pero el desafío es otro. Ahora, cuanto más leo los filósofos Ilustrados o los de la Escuela Crítica, más me parece que por allí van los caminos. Olvidarse de los ideales emancipatorios de la Ilustración y abandonarlos puede traer serias consecuencias. El proyecto Ilustrado y el concepto de razón crítica sobre el que pivota contienen en sí mismos los medios teóricos para llevar adelante su propia autocrítica. Bueno, ya lo dijo Mme de Staël *Las luces solo se curan con más luces*, y es una observación que no se agota en un marco histórico determinado, sino que lo trasciende interpretativamente; no poner *dos pesos y dos medidas* sigue siendo un parámetro Ilustrado. Si bien podría decirse que la Ilustración tuvo vicios de origen generando una impostura de universalidad basada en el sujeto blanco, propietario occidental, etc, generó también los elementos para denunciar tales imposturas desde sus presupuestos mismos. No se trata, pues, de renunciar a la universalidad como horizonte regulativo, sino de reformularla.....

— *Ud. ha estado en Harvard dos años, ¿Podría hacer un balance de esta experiencia?*

— Balance de esta experiencia desde un punto de vista feminista no? Claro, desde el punto de vista feminista, yo he vivido en un invernadero. Es decir, al estar en Cambridge, en una ciudad universitaria, he conocido poco cómo opera el feminismo como lucha política en la universidad norteamericana, en general. Conozco eso por la prensa, pero no por haberlo visto.

Me ha interesado enormemente toda la dinámica de la relaciones de las mujeres con el *welfare state* y cómo a través de las medidas de la discriminación positiva cada vez se hace más visible la lucha de géneros como una lucha económica y política. Me ha interesado ver hasta qué punto se tematiza en esa sociedad, ya de un modo explícito y bajo un meridiano políticamente significativo, la lucha entre los intereses de varones y de mujeres; lucha que se polariza, incluso, en la elección de los partidos políticos, las mujeres votan, por ejemplo, a los demócratas. De modo que el *welfare state* está polarizando y está siendo un foco polémico de estas vindicaciones. Todos estos aspectos eran invisibles y aún siguen siéndolo en Europa, excepto en los países nórdicos. Por otra parte, hay otro aspecto también interesante. Se trata del carácter multirracial de la problemática feminista en Estados Unidos que en España y en Europa empieza a ser una problemática incipiente. Sin embargo, allí está extraordinariamente evolucionada. Las mujeres blancas han tenido que reacomodar su conciencia, su lenguaje y la configuración de sus experiencias precisamente para poder dialogar con las mujeres de color y de otras culturas, a fin de constituir un frente de género más amplio. Claro, todo esto es difícil de abordar. Hasta que no se tiene una perspectiva más totalizadora, sabes que ese problema existe pero realmente no lo tienes presente en una forma tan viva, en una forma tan pregnante. Desde un punto de vista más académico, el feminismo está ya tan integrado que de tan integrado casi se

diluye. Quizás pase un poco al revés de lo que ocurre en España. En España tenemos todavía que acotar determinados ámbitos para hacer cosas con el rótulo de feminismo. Yo tengo que montar un seminario de “Feminismo e Ilustración”. En Harvard eso sería inconcebible porque se supone, al menos en principio y teóricamente, que cualquier cosa que se estudia se estudia teniendo en cuenta la variable género y desde la perspectiva del género. Con lo que no hacen falta estudios específicamente feministas y hay relativamente pocos seminarios de temática feminista. Es una victoria en un sentido. Quiere decir que esa perspectiva está integrada con normalidad, pero como luego en la práctica no todos los profesores son feministas, llegamos a que hay una presunción de integración. Se la trata como algo obvio, y de pura obviedad hasta se la pasa por alto. De pura obviedad no se la ve. Entonces, eso me ha llamado la atención como un peligro contrario a la *ghettización* que pueden tener los *Women Studies* si se constituyen como esfera aparte. Aquí la política académica feminista tiene que tener una posición de equilibrio. Cuando se enfatiza demasiado y ya está totalmente asumido por el discurso académico, p.e., “El capitalismo tardío desde el punto de vista de la raza, el sexo-género, la clase” pues, dentro de esa -como dice Seyla Benhabib- *santísima trinidad*, parece que se diluye la problemática específicamente feminista. Claro, si no se lleva a cabo ese tipo de política, se puede caer en el peligro opuesto de *ghettización*, de que el discurso acadé-

mico siga encapsulado, como ocurre en España, por ejemplo, donde el discurso feminista no tiene todavía suficiente fuerza como discurso alternativo, como referente polémico y como interlocutor como para que se lo de por integrado. Entonces, todo lo más, se lo respeta como algo que trata de cuestiones específicas.

— *Se invisibilizan las reivindicaciones de las mujeres en esa especie de fagocitación... ..*

— Se puede llegar a hacerlo, no digo que se haga en todos los casos; no. En muchos casos se logra un punto de equilibrio muy satisfactorio. Efectivamente, el propio discurso académico deja de tener las distorsiones androcéntricas tradicionales y se vuelve mucho más permeable a un discurso comprensivo que de cabida perfectamente a la perspectiva feminista. Pero en otros casos, la idea de género es un elemento más de una retahíla de variables que se asumen, y puede llevar a que se diluyan como perspectiva particularmente pertinente. Entonces hay ahí un difícil equilibrio. Es una victoria que se haya incorporado pero, como toda incorporación, yo creo que hay que hacer las dos cosas: también hay que mantener estudios feministas específicos porque es el único modo que sigan haciendo una presión para que esa integración sea una integración de veras, y no una integración que diga “va de suyo y va de género”; y que realmente redefina los parámetros del discurso académico convencional. Vamos, que hay aún mucha tarea por hacer.